Fábulas sin Moraleja y Finales de Cuentos

Libro de Francisco Monterde

UN delicioso libro, no menos atractivo para los niños que para los adultos: *Fábulas sin moraleja y finales de cuentos* se titula, y contiene una treintena de aquéllas, poco menos de cuarenta de éstos, unos y otros ilustrados con sendas viñetas a dos colores, grabadas en linóleo por don Julio Prieto. La edición es muestra de la pulcritud y buen gusto que caracterizan a los trabajos de la Imprenta Universitaria, con tanto acierto y pericia dirigida por el propio autor del libro, don Francisco Monterde.

Por escasa inclinación que a la bibliofilia tenga el lector, habrán de placerle en este volumen la buena calidad del papel; la justa arquitectura de la composición tipográfica; la equilibrada proporción entre el tamaño y el grosor de los caracteres, la interlineación y la anchura de los márgenes; la armonía de las ilustraciones y el texto —con el tipo Bodoni, bien entintado, casan de modo agradable los valores oscuros predominantes en aquéllas—; el acorde, en fin, del colorido de los grabados: sepia o verde oliva sobre fondos ocre o amarillo de arena. En la portada nos acogen Aladino y la Pequeña Sirena, Caperucita y el Lobo, el caballo alado y el cuervo con el medio queso en el pico. Vamos a entrar, en delicioso viaje —como titula su breve y bello prólogo don Alfonso Reyes—, al mundo de la fantasía; vamos a encontrar a multitud de amiguitos de antaño, de siempre: “los personajes —dice el prologuista—, nos son ya conocidos como en el décimo episodio del «film» por jornadas, y nos inte-

resan como vecinos de muchos años. Es la misma historia, contada de otro modo”.

En un excelente ensayo inicial, expresa Monterde la duda de que los educadores crean todavía en la eficacia didáctica de las fábulas, escritas para “instruir deleitando”; y aventura la opinión de que más bien están convencidos de que “si las fábulas instruyen, no deleitan”. Recuerda, en efecto, la tortura que constituía para los niños, obligados a aprenderlas de memoria y a recitarlas en la clase o en actos públicos del colegio, cuando no en el círculo de la familia. Y explica por eso mismo su reacción contra ellas, que, muy naturalmente, se tradujo en el deseo de adaptar a nuestro gusto, a nuestra manera de pensar y de sentir, los viejos temas: “la imaginación dió a los personajes de las fábulas nuevos rasgos; modificó réplicas; actuó en favor de ellos, como abogado defensor, y el resultado fué decisivo, cambió por completo el fallo. La moraleja, caricatura de la moral, quedó aniquilada. Surgieron, con los asuntos viejos, fábulas nuevas: fábulas sin moraleja”.

Por cuanto a los finales de cuentos, unos son “para quienes preguntan, curiosos, al que termina de relatarles algo: —¿Y qué sigue?” En otros casos “se quiso insistir, humorística o irónicamente, en breves detalles; ampliar un pasaje; detenerse un instante más en la minúscula escena preferida. En todos ellos se pretendió resucitar momentos del pasado —de la propia infancia, quizás—, con la evocación de esas lecturas”.

Trasciende frescor el texto, da alborozo al espíritu, ejerce, por decirlo así, una acción balsámica sobre él. Incita a hacer a los demás —contento peculiar de las cosas de la inteligencia— copartícipes en el deleite de que gozamos con la lectura. Porque cada uno de esos finales de cuento, de esas prolongaciones de fábula —que son más bien nuevas fábulas, inspiradas en las que les dan tema—, merece comentarlo para saborear mejor la fina intención, las repercusiones que tienen, los ecos que despiertan. Breves son, no más de veinte o treinta líneas; pero encierran siempre un rasgo de sutil psicología.

Como el título indica, las fábulas no tienen moraleja; mas ésta queda implícita. Enseñan que no todo es tan severo como se nos dijera antaño, y que diverso punto de vista abre perspectivas sobre una conclusión diferente, asimismo justa. Con un grano de fantasía y otro de piedad se place Monterde en remediar cuanto de frío hay en la lección clásica. A menudo —en las páginas liminares lo anun-

cia—, toma su contrapartida: así, la encina derribada por el huracán porque no se doblegó, fué brillante llamarada en el hogar del leñador, dió calor y luz a los niños; en tanto que la dócil caña, arrancada por el hombre, sólo sirvió para arrear al burro, y, luego, de pienso para éste. Y más vale, ¿quién lo duda?, acabar en llama que en pienso...

Todas las fábulas son ricas de sentido, pero algunas tienen resonancias varias. El "parto de los montes", por ejemplo, se explica de modo muy natural en la página de Monterde: el ratón que allí se refugia, huyendo de gatos y perros, torna fugitivo a la ciudad cuando ruidos telúricos, precursores de un terremoto, lo amedrentan. El fabulista ve correr al animalejo; y podemos suponer: o que se equivocó, creyendo que los montes daban a luz, con el sismo estruendoso, a un ratoncillo; o que, para imaginar su fábula, tomó pie en el hecho mismo que sorprendiera, transponiendo lo real, carente de importancia moral o estética, al plano superior: el de la obra de arte.

Esas amenas páginas son afirmativas, con naturalidad. Entran en materia sin circunloquios y no hay en lo que cuentan divagación ni titubeo. Tienen, se dijera, el tono categórico de la Historia.

Ha sabido Monterde retenerse de insistir; dice lo que desea, pero no cuanto pudiera; no llama la atención sobre el acierto, no subraya. Toca, sin percutir. Y deja en silencio lo que el lector, delicadamente orientado, habrá de encontrar por sí mismo, en deleitosa adivinación. La sencillez, la claridad, la precisión de ese estilo son efecto de un arte refinado que toma la gentil apariencia del juego.

En este delicioso y admirable libro, como en cuantos forman su ya rica producción literaria, da Monterde testimonio de aguda sensibilidad, gusto certero, soltura de ingenio, dominio del idioma: las cualidades, justamente, que hacen de él uno de nuestros más destacados escritores.

J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA